

Así suena el Alma Mater

Pablo Espinosa

A cien años de su fundación la UNAM ha mantenido una sólida y necesaria complicidad con la música. Este afán civilizatorio ha permitido la creación de la OFUNAM y de la Sala Nezahualcóyotl, fundamentales para que el arte sonoro permanezca como una poderosa fuente de sensibilización. Pablo Espinosa nos invita a seguir las huellas de la música entre los universitarios.

Cien años de cultivo rinden frutos. Identidad, idiosincrasia, pertenencia, claridad. Conciencia crítica. La suma de valores que germina, cultiva, cosecha y otorga la Universidad Nacional Autónoma de México se escancia en los campos del saber, del hacer, del ser, de maneras de vario linaje.

En la cultura, en particular en el arte de la música, el espíritu universitario splende contundente: la creación, difusión y disfrute del arte sonoro tienen en la UNAM personalidad propia, valores y características que la distinguen, la enaltecen. Una manera de confirmar lo anterior consiste en observar la manera como escuchamos música los universitarios. La evidencia es clara. Quien se ha formado en la UNAM escucha música de manera diferente a otro ciudadano. Su característica central es que se trata de una persona libre, con criterio propio y seguridad en sus conocimientos y siempre abierto a lo nuevo. Porque escuchar música forma parte del cultivo espiritual de las personas. Analizar las distintas maneras de percibir esa forma artística cobra su importancia y derriba su apariencia baladí en cuanto se compara con otra vertiente del consumo cultural: la lectura.

No define tanto el factor de qué tipo de lecturas sino cómo se lee. En el cómo están todas las respuestas. Así,

una persona que escucha solamente música sinfónica, o sólo ópera, es obviamente diferente a alguien que no tiene empacho en degustar los *lieder* de Hugo Wolf por igual que divertirse con las canciones naïfs de Chico Ché. No hay prejuicio, ninguna carga negativa en el juicio anticipado.

Julio Cortázar tiene una definición completa cuando distingue entre famas, cronopios y esperanzas. Un fama sólo escucha *La traviata*, mientras un esperanza vivirá añorando a María Callas y Enrico Caruso en cuanto los compara a todos los otros cantantes con quienes escuche esa ópera. Un cronopio, de acuerdo con Cortázar, tiene la capacidad de escuchar esa obra por igual en el Metropolitan Opera House que en una versión antigua a cargo de Los Xochimilcas, una revisión hecha por Uri Caine y un grupo de locos experimentalistas, o bien con Las Ardillitas de Lalo Guerrero.

La historia de los primeros cien años de la UNAM contiene éste y otros muchos elementos, tan diferentes como complementarios, tan universales en su plenitud y diversidad. El panorama musical de México en 1910 es completamente opuesto a la patria que hemos construido desde la UNAM en una centuria. La música de salón, los afrancesamientos plenos de ternura, pero so-



bre todo la ruda división entre música para ricos y para la plebe hoy tienen en el campus universitario un distinto florecer. Tan sólo un ejemplo: para un estudiante o profesor universitario el precio del boleto para disfrutar de un concierto de la Orquesta Filarmónica de la Universidad Nacional Autónoma de México, la OFUNAM, en la Sala Nezahualcóyotl, una sala de primer mundo, tiene un costo de cincuenta pesos. La UNAM no solamente es garante de la libertad espiritual de las personas, sino también de llevar a la práctica el derecho a la cultura para todos. Y esto adquiere mayor relevancia en un momento crucial de nuestra historia, cuando la tendencia gubernamental orienta sus afanes hacia la negación de los derechos. Privatizarlo todo, convertirlo en mercancía es lo opuesto del espíritu universitario, que defiende la igualdad democrática de acceso a la cultura, como pivote del progreso. Si el panorama nacional es triste en septiembre de 2010 en cuanto a lo social, la UNAM es en cambio un baluarte, un motivo de gozo, orgullo. Si el Estado mexicano carece a la fecha de una política cultural, la UNAM enarbola, ejerce una espléndida y auténtica política de cultura democrática.

En los sucesivos episodios históricos de este primer siglo de nuestra *Alma Mater*, la música, entonces, es una presencia definitiva. En sus primeros años caminó acorde con la realidad musical de la patria. La orientación de la voluntad universitaria en armonía comenzó a cosechar sus frutos después de consumada la Revolución.

La Orquesta Filarmónica de la UNAM es el conjunto sinfónico más antiguo del país. Sus inicios se remontan a 1929 (cuando la máxima Casa de Estudios logró su autonomía) y se convirtió en una orquesta de profesionales en 1936, cuando el proyecto fue aprobado por el presidente Lázaro Cárdenas del Río. Se llamó en principio Orquesta Sinfónica de la Universidad y sus primeros directores fueron, al alimón, José F. Vásquez y

José Rocabruna. Su sede inicial fue el Anfiteatro Simón Bolívar, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, donde funcionaba la Escuela Nacional Preparatoria.

Al iniciar la década de los sesenta, el maestro Icilio Bredo encabezó un cambio generacional e histórico. La orquesta se mudó al Auditorio Justo Sierra de la Facultad de Filosofía y Letras, en Ciudad Universitaria. A Bredo lo sucedió, en 1966, Eduardo Mata, para sellar el momento cumbre en la historia de la OFUNAM.

Eduardo Mata fue el constructor del sonido moderno de la orquesta universitaria y formó a muchas generaciones de melómanos. Fue el artífice del proyecto cultural que dio como resultado la edificación de la Sala Nezahualcóyotl. Fue además uno de los grandes directores de orquesta en el planeta durante la segunda mitad del siglo XX.

Héctor Quintanar fue la batuta titular cuando la orquesta estrenó su sala sede. Animador de la serie de óperas-concierto y sesiones didácticas que se transmitieron por la televisión del Estado, aportó obras para el repertorio de la orquesta, propias y de encargo a compositores mexicanos.

Enrique Diemecke y Eduardo Diazmuñoz, representantes de la nueva generación de directores mexicanos, consolidaron el trabajo de conjunto y mantuvieron al alimón un equilibrio formidable en la programación entre las obras obligadas y las composiciones contemporáneas. Una época brillante en la cultura mexicana se escribió esos años.

Humanista, musicólogo, funcionario, la batuta del maestro Jorge Velazco tendió un puente entre sus investigaciones musicológicas y la sala de conciertos. Al frente de la OFUNAM dio a conocer partituras nuevas y versiones originales de obras conocidas. Nuevas instrumentaciones, nuevos autores, nuevos bríos en el ámbito universitario.

Atento a los componentes del hecho musical y a las necesidades expresivas y técnicas de los atrilistas, Jesús Medina dibujó un periodo de búsqueda de nuevos horizontes para el conjunto universitario. Atril y podio mantuvieron un esfuerzo denodado para dar voz a las partituras.

Su sucesor, Ronald Zollman, atrajo a la Sala Nezahualcóyotl nuevos públicos merced a su concentración en el sonido de las cuerdas para articular la potencia de las otras secciones de la orquesta. Multitudes juveniles y el público constante de la OFUNAM disfrutaron de ese sonido en las sinfonías de Brahms, se abismaron en el universo mahleriano y conocieron la música de nuevos autores, entre ellos Arvo Pärt y Alfred Schnittke.

Maestro de una técnica vigorosa, exacta, el director chino Zuohuang Chen consolidó el sonido de la OFUNAM y enalteció sus virtudes con verdaderas hazañas que aclamaron amantes de la música que llenaron la Sala Nezahualcóyotl con sus deslumbrantes puestas en vida de partituras portentosas. Además de su maestría en el repertorio tradicional, trajo a México obras de compositores chinos.

Éstos han sido los directores titulares de la orquesta universitaria. De la historia de la Sala Nezahualcóyotl, construida por el arquitecto Arcadio Artis a partir de una idea de Eduardo Mata inspirada en la sala sede de la mejor orquesta del mundo, la Filarmónica de Berlín.

Quien esto escribe dejó constancia en el libro *Sala Nezahualcóyotl, una vida de conciertos*, elaborado en colaboración con Edith Silva y publicado por la UNAM en ocasión del vigésimo aniversario de esa sala, que vio nacer cinco años después a su hermana, la Sala Carlos Chávez, contigua, donde se han escrito páginas gloriosas de la música de cámara del mundo.

Vale la pena recordar algunos pasajes del libro referido:

Es la noche del jueves 30 de diciembre de 1976. En menos de dos años, un hormigueo jornalero, una legión de peones, ingenieros, arquitectos, plomada, cal, cemento, apoteosis constructiva, hizo aparecer entre la lava volcánica y el paisaje con fondo de volcanes una nave polígono de concreto y alma acústica, que hoy por primera vez late en su ritmo cordial de afanes filarmónicos.

Es la noche penúltima de 1976 y un arpa de luces se dibuja hacia lo alto: potentes reflectores que anuncian el sitio fundacional, la nueva Meca, la casa de Euterpe. Llegan, en número aproximado de dos mil seiscientos, los oficiantes: ciento veinte de ellos portan y hacen sonar instrumentos musicales, dos centenares forman coro, el resto representa a un público que crecerá en el transcurso del tiempo y esta noche ocupa las dos mil trescientas butacas diseñadas con respaldo a lo alto, reflejante del sonido.

La primera partitura que se escucha en la Sala Nezahualcóyotl es el *Himno nacional mexicano*. Enseguida,

Fiestas, preparada ex profeso por Héctor Quintanar, quien está a la batuta. Después, la *Sinfonía India* de Carlos Chávez y luego la soprano Irma González es la primera solista y canta obras de Ignacio Jerusalem, Manuel de Sumaya y la *Calenda a María Santísima de la Concepción* de autor anónimo. En la segunda parte, el primer solista extranjero es el alemán Hans Richter-Haaser, quien despierta la primera epopeya con el concierto *Emperador* de Beethoven.

En los treinta y tres años y ocho meses de vida de la que es considerada como una de las mejores salas de concierto del planeta, varias generaciones de melómanos han vivido en sus butacas, en sus pasillos, camerinos y sus alrededores varios de los momentos más intensos de sus existencias.

Muchas de las mejores orquestas del mundo han hecho vibrar plafones, cámaras y concha acústica: Orquesta de Filadelfia, Orquesta del Concertgebouw de Amsterdam, Filarmónica de Israel, Filarmónica de Nueva York, Filarmónica de Viena, Orquesta Gewandhaus de Leipzig, Filarmónica Real de Londres, Orquesta Nacional de Francia, Orquesta Sinfónica de Berlín, Sinfónica de Dallas, Sinfónica de Londres.

Por supuesto las primeras batutas del planeta: Leonard Bernstein, Paavo Berglund, Rafael Frubeck de Burgos, Bernard Haitink, Dimitri Kitayenko, Carlos Kleiber, Kurt Klippstater, Kiril Kondrashin, Andrés Korodi, Efreim Kurtz, Lorin Maazel, Kurt Masur, Zubin Mehta, Karl Munchinger, Maxim Shostakovich.

Páginas de historia con lo mejor de la cultura del jazz se escribieron en ese recinto, con llenos multitudi-



Eduardo Mata



narios y apoteosis tras apoteosis con Ron Carter, Michel Camilo, Bill Evans, Dexter Gordon, Irakere, Keith Jarrett, Paul McCandless, Charlie Mingus, Gerry Mulligan, Oregon, Eddie Palmieri, Tomasz Stanko, Markus Stockhausen, Cecil Taylor.

Y prácticamente todas las figuras legendarias de la cultura *blues*: Willie Dixon, John Lee Hooker, Big Walter Horton. Y otros capítulos determinantes de la música popular, como Astor Piazzolla, la orquesta de Osvaldo Pugliese, Silvio Rodríguez, Nacha Guevara, Georges Moustaki, Alfredo Zitarrosa.

En el índice onomástico, elaborado por Edith Silva, del libro *Sala Nezahualcóyotl, una vida de conciertos*, miles de músicos y melómanos han encontrado su nombre y, remitidos a la página correspondiente, revivido momentos como improntas.

Página 77, tercer párrafo: La noche del 11 de mayo de 1982, sentado el melómano en la primera fila, vive la celebración del genio de Stravinsky con el genio de Leonard Bernstein, quien suda gentilmente en el podio mientras su batuta es pararrayos que transmite la energía de todas las tormentas desatadas hacia una de las mejores cinco orquestas en el universo: la Filarmónica de Israel, que pone en carne y sangre *La consagración de la primavera*.

Voliciones raigales, danza telúrica. Más de cien músicos estallan en el canto de la adoración de la Tierra, los augurios, los raptos, las rondas, los cortejos, la danza del planeta, los círculos misteriosos, la evocación de los ancestros, la danza sagrada y el sacrificio de la elegida. La danza, oficio de halción.

Y danza Lenny Bernstein en el podio, rebotan las plantas de sus pies en el estrado a cada salto de golpe de orquesta. En su rostro, confundida, el agua no sabe cuál gota es lágrima, cuál sudor. El melómano brinca también, impelido por los golpes de timbal, que resuena a unos cuantos metros. Al final, en su camerino, Leonard Bernstein comparte el júbilo, seca sudor y lágrimas con una toalla blanca que tiene anudada al cuello

y comparte su bebida favorita, whisky, en una espléndida copa de plata.

Que el público forme parte de la música es idea original de Eduardo Mata, quien fue el artífice de la construcción de la Sala Nezahualcóyotl. Eligió como modelo la sala sede de la Filarmónica de Berlín, considerada por muchos como la mejor del mundo, y siguió también el modelo del Concertgebouw holandés. Pero lo fundamental, decía, era que el escenario estuviera orientado, acercado hacia el público, para que rodeara a los músicos.

Tal idea nació de momentos históricos, cuando ese joven maestro dirigía a la OFUNAM en el Auditorio Che Guevara, junto a la Facultad de Filosofía y Letras. Los estudiantes convivíamos con los músicos en los pasillos antes y después del concierto. Durante la ceremonia de la música era tal el magnetismo de Eduardo Mata que las butacas eran insuficientes y era menester sentarse en los pasillos, inclusive a centímetros del podio del maestro Mata.

Podemos decir que prácticamente Eduardo Mata nos construyó una sala de conciertos a los universitarios. Ése fue el argumento fundamental que esgrimió para conjuntar voluntades. Las autoridades universitarias dieron paso a la consecución de ese proyecto porque era necesario, la comunidad universitaria necesitaba, merecía tener una sala de conciertos como las mejores en el mundo. Y así lo es. Un tercio de la historia de la Universidad Nacional Autónoma de México ha transcurrido en sus mejores y más intensos momentos en la Sala Nezahualcóyotl, que es orgullo, emblema, tesoro, manifestación fidedigna y práctica del espíritu universitario: la diversidad, la universalidad, la vanguardia, el riesgo, la aventura, la pasión, el espíritu crítico. El orgullo de ser universitarios.

Al cumplirse los primeros cien años de vida de nuestra máxima institución nacional, brindamos por más: larga vida a la Universidad Nacional Autónoma de México, que suena de manera inconfundible.